
La solidaridad, camino hacia la paz y el desarrollo

—UNA LECTURA DE LA ENCICLICA “SOLLICITUDO REI SOCIALIS” *—

Gabriel Ignacio Rodríguez T., S.J.**

INTRODUCCION

Porque creemos en la importancia del pensamiento social y de la Iglesia y su contribución al desarrollo de los pueblos y de los hombres, presentamos a continuación una lectura de la séptima Encíclica de Juan Pablo II, llamada “Solicitud por lo Social”. Esta lectura tiene su originalidad en el intento de aprovechar sus orientaciones para fortalecer y animar el caminar de la Iglesia latinoamericana, en medio de los oprimidos, en una actitud de servicio, buscando limpiamente una nueva sociedad. La Encíclica lejos de ser un punto final, o una unidad cerrada de significación, desata en los destinatarios procesos

de creación de nuevos horizontes significativos. No sólo crea quien escribe, sino que también todo lector recrea. La fuerza de la creación está en su capacidad de ser recreadora.

1. EL APOORTE DE LA IGLESIA AL DESARROLLO DE LOS PUEBLOS

Hace parte esencial de la misión de la Iglesia su preocupación por la realidad social, entendida ésta como la forma que toma la convivencia entre los hombres. La Iglesia hace parte del tejido social y también le corresponde tener una palabra sobre la orientación y el sentido de las prácticas sociales; además, experimenta como

* Hecho en colaboración con Horacio Arango A., S.J.

* Profesor de la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana e Investigador CINEP. Magister en Teología, Instituto Santo Inacio, Belo Horizonte, Brasil.

parte de su tarea de servicio (n. 7), el contribuir al "auténtico desarrollo del hombre y de la sociedad", velando para que se respete y promueva la persona humana en todas sus dimensiones.

Es papel de la Iglesia señalar los aspectos éticos y culturales del desarrollo, posibilitar principios de reflexión, aportar criterios de juicio y además señalar directrices de acción humana, surgidas de la Palabra de Dios, con el fin de aportar una concepción más rica y diferenciada del desarrollo (n. 8).

Esta enseñanza social de la Iglesia llamada "Solicitud por lo social" tiene dos objetivos fundamentales: en primer lugar, rendir un homenaje al histórico documento de Pablo VI, llamado "Populorum Progressio" del 26.03.67; en segundo lugar, afirmar la continuidad de la doctrina social de la Iglesia y su constante renovación; esta enseñanza es siempre válida, porque tiene como fuente el Evangelio y un espíritu de apertura para escrutar los signos de los tiempos (n. 7) adaptándose a las situaciones cambiantes de la historia (n. 3).

2. UNA MIRADA PASTORAL SOBRE EL MUNDO

2.1 Frustraciones del desarrollo presente

La esperanza del desarrollo formulada 20 años atrás por Populorum Progressio parece hoy más lejana. La impresión actual sobre el mundo, a pesar de los esfuerzos hechos, es negativa (n. 12, 13). El mundo actual

no realiza la unidad; aún más, la unidad del género humano está seriamente comprometida (n. 14).

2.1.1 La primera y gran constatación de la Iglesia es la *desigual distribución de bienes y servicios para la subsistencia*. Existen países en vía de desarrollo, que son la mayoría donde se encuentran multitudes humanas privadas de los bienes y servicios ofrecidos por el desarrollo y, al mismo tiempo, países desarrollados, que son la minoría y, que disfrutaban de los bienes y servicios del desarrollo (n. 9, 13). Existe un verdadero abismo entre el Norte desarrollado y el Sur en vías de desarrollo, pero también existe el *abismo entre riqueza y pobreza*, que atraviesa, tanto las sociedades desarrolladas como subdesarrolladas. Son millones de hombres, "seres irrepetibles, que sufren el peso de la miseria" (n. 13, 14).

Este Abismo es caracterizado, no como estacionario, sino como creciente. Así lo refleja la división de los países en "cuatro mundos".

2.1.2 Frente al hambre y al sufrimiento de millones de seres humanos se levanta una *escalada armamentista*, que no sólo no alivia la miseria del mundo, sino que la acelera porque se destinan sumas escandalosas para la compra y el comercio de armas. La Iglesia considera que ésta es una manifestación del "grave desorden del mundo actual" (n. 24), que evidencia crudas paradojas: mientras las ayudas económicas internacionales tropiezan con barreras ideológicas, las armas

circulan con libertad; mientras los pueblos padecen la miseria; se establecen préstamos internacionales para la compra de armas o se acumulan arsenales atómicos (n. 24).

2.1.3 *La bipolaridad tensa del mundo*, entre el Este y el Oeste, entre el capitalismo liberal y el colectivismo marxista, se manifiesta como otro hecho de graves consecuencias para impedir el desarrollo. Entre ambos bloques surge una contraposición política, que tiene sus raíces más profundas en una contraposición ideológica, que degenera en una contraposición militar. Estas contraposiciones entran y perjudican las relaciones internacionales. Se presentan así dos concepciones antagónicas del desarrollo, imperfectas ambas, y que requieren de una puntualización.

Bipolaridad también entre Norte y Sur, entre países desarrollados y subdesarrollados, donde estos son constituidos en piezas de un engranaje gigantesco (n. 22). Los medios de comunicación social, dirigidos desde el Norte, no tienen en cuenta ni las prioridades, ni las culturas, ni mucho menos los problemas de los países subdesarrollados (n. 22).

Mundo dividido en polos opuestos, donde el uno se desarrolla a expensas del subdesarrollo del otro (n. 28). El tener de unos pocos es logrado a expensas del ser de otros (n. 31). La riqueza de unos pocos produce hombres subdesarrollados económica, cultural, política y humanamente. Subdesarrollo manifestado en altos

niveles de analfabetismo, en la imposibilidad de acceder a niveles superiores de la educación, en la exclusión de grandes sectores de la participación en las decisiones que tocan el futuro de su propio destino (n. 15), en la falta de vivienda, en el desempleo y en el subempleo (n. 17). Estos hombres empobrecidos son la gran mayoría del mundo.

2.1.4 *El Papa denuncia la existencia de mecanismos económicos, financieros y sociales* que, manejados por la voluntad de los hombres, tienen un funcionamiento casi automático, y en sus efectos *sofocan las economías de los países pobres*, favoreciendo unilateralmente a sus actores privilegiados (n. 16). Entre ellos puede considerarse la deuda internacional: los préstamos fueron los instrumentos elegidos para dar una ayuda al desarrollo, pero se tornaron mecanismos contraproducentes; en la actualidad son un freno y un factor que acentúa el subdesarrollo (n. 19). Este hecho anotado por el Pontífice, genera en la visión de otros expertos, varias patologías sociales, tales como el introyectar sentimientos de inferioridad personal o colectiva, enajenación de las propias posibilidades en otros, supuestamente más capaces, y un sentimiento de derrota que paraliza toda creatividad y toda autonomía.

Ante esta visión del mundo, el Papa elabora dos conclusiones:

- a. Esta situación es "*indicio de una concepción errada y perversa del*

desarrollo humano" (n. 25). Por esta razón, se hace necesario una revisión del concepto de desarrollo. Cuando los recursos y las potencialidades humanas no son regidas por un objetivo moral, el desarrollo se vuelve contra el hombre para oprimirlo (n. 28).

- b. El panorama del mundo actual "en vez de encauzarse hacia un verdadero *desarrollo* que conduzca a todos hacia una vida más humana parece *destinado a encaminarnos más rápidamente hacia la muerte*" (n. 24). Todos los males enumerados anteriormente por el Papa son considerados como verdaderas "plagas" que destruyen la vida humana (n. 15).

2.2 Valores de la época presente (n. 26)

No todo en el mundo constituye signos de muerte y perversión. El Papa observa como aspectos positivos de la situación actual:

- la conciencia de la dignidad de todos los seres humanos que se traduce en una más viva preocupación por los derechos humanos;
- mayor conciencia de los derechos de las naciones y de los pueblos a la libre gestión, promoción y conservación de su patrimonio e identidad cultural;
- la conciencia de la radical interdependencia, y de la necesaria

solidaridad entre los hombres y pueblos, logrando un mayor compromiso en el destino común;

- aumento de la conciencia de la estrecha vinculación entre el respeto por la vida y la búsqueda de la paz. Esta es entendida como un bien indivisible: o es de todos o no es de nadie.
- la preocupación ecológica como cuidado y conservación de los recursos naturales disponibles en el mundo para el crecimiento y el desarrollo de los hombres.

3. DIMENSIONES ETICAS DEL DESARROLLO HUMANO

Toda la Encíclica hace un llamado a tomar conciencia de las dimensiones morales y éticas del desarrollo. Por ello se preocupa de las políticas y los mecanismos empleados para este fin (n. 16, 17, 18, 19, 23, 28, 33).

La actual visión economicista del desarrollo, basada en la acumulación de bienes y servicios, ha consolidado el abismo entre el superdesarrollo y el subdesarrollo y ha producido una frustración de las profundas aspiraciones del hombre. Este desequilibrio encuentra su fundamento en una inadecuación entre el ser y el tener como lo había manifestado el Papa Pablo VI. No es posible perfeccionar de por sí al sujeto, si no se enriquece su ser; se causan enormes distorsiones en la complejidad de la vida humana, si se pretende substituir el ser por la multiplicidad de cosas. La

injusticia contemporánea revela que muchos tienen poco y pocos tienen mucho, cuando todos los bienes tienen un destino universal. Para el Papa, el mal surge cuando el hombre es colocado al servicio de los bienes, invirtiendo el orden de los valores.

El auténtico desarrollo es fundamentalmente colectivo y no individualista. Si se logra el desarrollo de una parte solamente, este se realiza a expensas de los otros (n. 32). Por otro lado, no basta la mera acumulación de bienes y servicios para lograr o conquistar la felicidad humana; es necesario que el desarrollo abra a otras dimensiones que superen el goce inmediato de la posesión, y lo liberen de la sumisión al consumismo. El desarrollo, si quiere ser auténticamente humano, debe implicar las dimensiones económicas, sociales, culturales y la apertura trascendente.

El verdadero desarrollo exige una conexión profunda con el respeto a los derechos humanos; de allí surge su carácter moral. Este exige que cada nación defienda eficazmente el derecho a la vida, los derechos de la familia, la justicia en las relaciones laborales, el libre ejercicio de la política y la participación de todos en las decisiones que tocan su vida, y el respeto por la dimensión trascendente de los hombres. Internacionalmente éste exigirá un respeto a la identidad de cada pueblo, a su derecho de sentarse a la "mesa común" de los bienes, y el derecho a la igualdad fundamental. Sólo un desarrollo que respete la verdad, la vida, y el bienestar de

todos será un desarrollo moralmente aceptable (n. 33).

Hablando del carácter moral del desarrollo, anota en su Encíclica una consideración referida a un cierto tipo de *desarrollo que tiene en cuenta la calidad de vida de las personas.* Esta es una de las notas determinantes de un proceso de desarrollo eminentemente humano, porque el auténtico desarrollo debe ser aquél que permita elevar cada vez más la calidad de vida de las personas; es decir, se trata de un proceso, en el que las personas pueden satisfacer adecuadamente sus necesidades humanas fundamentales.

4. JUICIO TEOLOGICO

Sobre esa realidad del mundo contemporáneo, el Papa Juan Pablo II hace una lectura teológica, queriendo ofrecer "los principios de reflexión, los criterios de juicio, y algunas directrices de acción" (n. 8) que provienen de la fe cristiana.

Parte de una *visión del hombre* que quiere respetar su globalidad. Este sólo puede entenderse por un "parámetro interior" que se encuentra manifestado en la naturaleza específica del hombre: ha sido creado por Dios a su imagen y semejanza, poseyendo una naturaleza espiritual y corporal (n. 29). Tiene así una afinidad con las creaturas, siendo llamado a utilizarlas y una afinidad con Dios al ser imagen suya (n. 29).

El hombre no ha sido creado inmóvil y estático: tiene la tarea de convi-

vir armoniosamente con las demás creaturas en el horizonte de respetar la imagen de Dios recibida (n. 30). Toda transposición de los límites propios del uso y dominio de las cosas del mundo trae, como consecuencia, una rebeldía de la naturaleza y un no reconocimiento de su "imagen" divina (n. 30). La historia humana manifiesta esta profunda dualidad de su aventura: tiene continuas realizaciones que engrandecen el espíritu humano, pero siempre puestas en crisis por el pecado, o sometidas a la tentación de la idolatría (n. 30). El desarrollo actual debe entenderse como "un momento" de la historia iniciada en la creación, pero sometido a cruciales desafíos en tanto se viva distanciado del proyecto de Dios (n. 30).

El desarrollo pleno, desde la fe, se entiende como posible, querido y realizado en plenitud por el vencimiento definitivo del pecado y de todas sus secuelas, que niegan el don de la vida, por Jesucristo, gracias al Padre. El desarrollo en la historia humana sirve al plan divino, que ordena todo hacia la plenitud (n. 31).

En el "momento" actual hay serios obstáculos, además de los económicos, situados en las motivaciones políticas, que se oponen al desarrollo. Actitudes que se colocan en el ámbito moral, es decir, en el plano de la conducta de los hombres, y que revelan las decisiones de poner en marcha ciertos mecanismos perversos que impiden el auténtico desarrollo (n. 35).

Para el Papa, "la suma de factores negativos, que actúan contra el bien común" revelan la situación del mundo sometido a estructuras de pecado (n. 36), no haciendo posible la conquista del desarrollo armónico de todo el hombre y de todos los hombres.

Las estructuras de pecado se fundan en el pecado personal. Toman vida y vigencia, a través de los actos concretos de las personas. Las estructuras se refuerzan, se difunden y son fuente de otros pecados, además de condicionar la conducta de los hombres (n. 36). *El pecado* ofende a Dios porque destruye su obra de vida en la medida que perjudica e impide la vida del prójimo o de algunos pueblos, pero además, observa con agudeza la encíclica, introduce condicionamientos que van más allá de la vida breve del individuo, afectando el desarrollo de los pueblos (n. 36).

Dos actitudes se manifiestan como las más características del actual pecado del hombre, opuestas a la voluntad de Dios y al bien de los hombres: *el afán de ganancia exclusiva y la sed de poder*, como el deseo de imponer al otro la propia voluntad. Ambas se encuentran indisolublemente unidas y pueden ser vividas, no sólo por individuos, sino también, lo que es más grave, por naciones y bloques (n. 37).

El Papa denuncia cómo bajo ciertas decisiones se ocultan formas de idolatría al dinero, a las ideologías, a las clases sociales o a la tecnología (n.

37). Afirmaciones éstas que manifiestan un enjuiciamiento crudo, a la luz de la fe y del proceso actual seguido por los países que actúan generando imperialismos o neocolonialismos. Estas acciones esconden la vivencia de "egoísmos colectivos", cargados frecuentemente de cierto etnocentrismo o de un cierto "mesianismo" avasallador de la soberanía y de la cultura de muchos pueblos, en una pretendida defensa de valores amenazados.

En la denuncia hecha por el Papa se identifican como parte de las estructuras de pecado "la división del mundo en bloques, presididos a su vez por ideologías rígidas", donde "dominan diferentes formas de imperialismo" (n. 36).

5. LA SOLIDARIDAD, COMO CAMINO PARA LA PAZ Y EL DESARROLLO

La superación de este mal moral es largo, complejo y, además, amenazado desde su interior por la fragilidad del mismo hombre (n. 38). Para la conquista de la paz y del desarrollo es necesario que todos los hombres perciban las raíces de los obstáculos en las actitudes más profundas del hombre. De ahí, las constantes llamadas a tomar conciencia o a sensibilizarse con el sufrimiento de millones de hombres. Es urgente que todos los hombres perciban la necesidad de un cambio en las actitudes espirituales que definen las relaciones consigo mismo, con los otros y con las comunidades humanas, en función de la adquisición de valores superiores,

manifestados en la conquista del bien común. Para quien es cristiano este cambio en sus actitudes profundas es denominado "conversión" (n. 38).

Esta transformación interior ha de manifestarse exteriormente en el conjunto de las relaciones humanas como *solidaridad*. Ella surge de la conciencia de la interdependencia entre hombres y naciones; no es un sentimiento superficial, sino una determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común. Las actitudes de pecado, que frenan el desarrollo (afán de ganancia y sed de poder), sólo se vencen por actitudes diametralmente opuestas: la entrega generosa a servicio del bien y las necesidades del otro (n. 38). Actitudes que surgen de la solidaridad.

La solidaridad es válida, cuando los otros son reconocidos como personas. Pide que los que tienen más se sientan responsables de los más débiles, teniendo una disposición a compartir los bienes. Excluye toda instrumentalización o explotación de personas, pueblos o naciones. Exige superar los bloques, renunciar a todo tipo de imperialismo económico, militar o político y, en definitiva, transformar toda desconfianza en espíritu de colaboración mutua (n. 39).

La solidaridad se consolida en el derecho a la propia identidad, en el fortalecimiento de la autonomía, en el derecho al auto-destino, en el respeto al derecho a la igualdad fundamental y a la participación. La solidaridad permite el crecimiento de la auténtica experiencia de libertad, por

la calidad de vida y el respeto por el bien común. La paz florece todo igual, sin cambios, de esta manera, como fruto de la solidaridad, que realiza la justicia social e internacional en el conjunto de las relaciones humanas (n. 39).

Uno de los signos positivos del mundo actual es la creciente *conciencia de solidaridad de los pobres entre sí*. Entre sus expresiones se encuentran esfuerzos de mutuo apoyo, la búsqueda común de una afirmación pública en la sociedad presentando sus carencias y exigiendo sus derechos, frente a la ineficiencia o corrupción de los poderes públicos (n. 39).

La solidaridad es una virtud cristiana: vivencia actual de la caridad, signo de los discípulos de Cristo. Vivida en la mística de la fe lleva al perdón, a la gratitud y la búsqueda de la reconciliación. Hace posible reconocer en el otro la "imagen viva de Dios Padre", aunque se manifieste como enemigo, amándolo, inclusive, hasta el sacrificio extremo de dar la vida (n. 40).

6. LA IGLESIA SERVIDORA DE LA SOLIDARIDAD

El Papa reconoce que la Iglesia, dado su compromiso evangélico de ser portadora del mensaje de la salvación, se siente llamada a estar junto a las multitudes pobres, acompañándolas en sus justas reclamaciones, colaborando para que sus demandas se conviertan en mejores servicios para ellos y así sea fortalecido el bien

común. La Iglesia denuncia todo desarrollo basado en la exclusión, en la explotación, en la opresión, o en la anulación de los demás. Ella se coloca como portadora de un mensaje de solidaridad no sólo entre los hombres sino entre los pueblos y naciones. Se entiende a sí misma como instrumento del diálogo y de la confianza entre los hombres y los pueblos. Reconoce a la luz de la fe, que por encima de los vínculos humanos y naturales, ella es sacramento, es decir signo e instrumento eficaz de la unidad del género humano, que procede de la vida íntima de Dios, denominada "comunión" y comunicada amorosamente en la historia.

Este motivo no permite que la Iglesia sea indiferente a la división del mundo. Hace parte íntima de su vocación y misión, el ser "*sacramento de comunión*". Desde esta comprensión de sí misma, invita y promueve incansablemente a la solidaridad, como medio de construir un desarrollo fraterno (n. 40).

Al proponerse como servidora de la solidaridad, advierte que *su enseñanza social no propone una "tercera vía"* entre el capitalismo liberal y el colectivismo marxista, sino que tiene una categoría propia. Su formulación es el resultado de una atenta reflexión sobre las complejas realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional a la luz de la fe y de la tradición eclesial. No pertenece al ámbito de la ideología, sino al de la teología y en concreto a la teología moral. El carácter no tercerista de su enseñanza se manifiesta,

al hacer, en medio de la actual división social del mundo, una opción preferencial por los pobres y proclamar el destino universal de los bienes (n. 42).

Esta solidaridad vivenciada junto a los pobres expresa su autenticidad como Iglesia. Ella sabe que al asumir los "gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo" (n. 6). Y por otro lado, encuentra en su más pura tradición que su enseñanza y praxis están caracterizadas por "la convicción de que ella, sus ministros y cada uno de sus miembros están llamados a aliviar la miseria de los que sufren cerca o lejos, no sólo con lo superfluo sino con lo necesario". Inclusive, en los casos de necesidad, la Iglesia considera como un deber que se privilegie la atención a las necesidades de los que sufren por encima de los adornos superfluos de los templos y a los objetos preciosos del culto divino. Considera *obligatorio* en estos casos desprenderse de sus bienes para dar pan, bebida, vestido e inclusive casa a quien carece de ella (n. 31).

La Iglesia es servidora de la solidaridad en la medida en que promueve la defensa de los derechos humanos personales y sociales, económicos y políticos. Está en juego la dignidad de la persona humana, "cuya defensa y promoción" está confiada a la Iglesia por el Señor de la historia (n. 47). El

ser humano sólo será plenamente libre, cuando es él mismo, en la plenitud de sus derechos y deberes, tanto en su realidad personal como social. El afán por una auténtica liberación de toda forma de esclavitud, relativa al hombre y a la sociedad, es considerada como noble y válida. Este ha sido, según el Papa, uno de los aciertos de la Iglesia católica en América Latina, al enfrentar los problemas de la miseria y del subdesarrollo, colocando la liberación como su categoría fundamental y su primer principio de acción (n. 46). Estas apreciaciones constituyen un estímulo y un reconocimiento a la reflexión teológica continental, llamada Teología de la Liberación, mostrándola como un camino práctico de la solidaridad entre los hombres.

7. EXIGENCIAS PARA LA ACCION POLITICA

Los hombres de buena voluntad, y específicamente los cristianos, movidos por su vocación de constructores de la sociedad civil, tanto a nivel personal como en el ámbito de lo social, deben tener en cuenta, de acuerdo a los límites de sus responsabilidades, la exigencia de coherencia entre la fe que dicen profesar y su práctica de justicia. El Papa hace un urgente llamado a la conciencia de los cristianos, especialmente *aquellos que tienen responsabilidades en la gestión pública o ejercen la acción política*, para que caigan en la cuenta de la profunda interdependencia que subsiste entre sus omisiones o su forma de comprometerse con el subdesa-

rollo y la miseria de tantos miles de hombres y mujeres concentrados en los mundos empobrecidos (n. 9).

El Papa advierte que es un deber de solidaridad y una obligación moral superar las estructuras de la convivencia regida por el culto al protagonismo personal, a la propiedad y a los privilegios. Es urgente construir una sociedad en donde se realice una auténtica *democracia cotidiana*, que permanentemente genere nuevas formas de concebir y practicar lo político, posibilitando formas más participativas, más respetuosas de las diferencias regionales, culturales y religiosas, y básicamente interesada en hacer crecer cada día el nivel de vida de los pobres (n. 44).

El auténtico desarrollo está profundamente ligado a la búsqueda y a la consecución de la paz, a través de mecanismos que garanticen una distribución equitativa de los medios de subsistencia y de los beneficios que de ella se derivan. Los hombres, inspirados en la utopía cristiana, deben por fidelidad a sus valores empeñar su vida en construir una propuesta global, que defienda y promueva la Vida y logre una participación de todos hacia la Paz.

El Papa estimula a todos los hombres de buena voluntad a que defiendan la verdad, promuevan la solidaridad y construyan la justicia entre todos, para garantizar una paz estable y duradera; de no ser así se aboca a los pobres y a las víctimas de la injusticia a las respuestas violentas que dan origen a las guerras (n. 10).

Conviene notar que el Papa reafirma el *valor y la justeza de las luchas de los empobrecidos* por recuperar el derecho a participar en la construcción de la sociedad, a legitimar su derecho a la libre asociación en toda clase de organizaciones que defiendan sus derechos y a exigir el que sus iniciativas en materia económicas sean tenidas en cuenta en el diseño global de la sociedad. Un desarrollo que no permita la plena afirmación de estos derechos no podrá ser un verdadero desarrollo, porque el auténtico desarrollo no se limita solamente al aspecto económico sino que interesa también lo político, lo cultural, y en síntesis, a todo lo humano, (n. 15).

Es un deber para aquellos que tienen en sus manos el ejercicio del poder en cualquiera de sus niveles o rangos, *priorizar en la asignación de recursos a las tareas del bien común, la libertad y la participación de todos* por encima de la atracción armamentista. Las armas y la guerra jamás serán más importantes que la vida digna de los ciudadanos (n. 10, 16). Es necesario, por lo tanto, reorientar el Estado para que sea en realidad representante y defensor de los intereses de los pobres y pueda así constituirse una sociedad y una cultura auténticamente democrática. Una sociedad, que respete y fortalezca los valores autóctonos de las regiones y promueva prácticas solidarias entre os individuos, se encontraría en el camino hacia el desarrollo. La participación es el sendero de la paz (n. 47).

Un Estado que pretende impulsar un genuino desarrollo y una sociedad que pretenda consolidarlo debe respetar el derecho de iniciativa económica nacido de la subjetividad creativa del ciudadano que supere la dependencia casi absoluta del obrero-proletario frente al patrón como en el sistema capitalista, o la dependencia del hombre frente al Estado como se da en los regímenes totalitarios (n. 15).

En síntesis, es necesario adelantar políticas efectivas para dotar de vivienda digna a todos los ciudadanos, para generar empleo bien remunerado para hombres y mujeres, para prever y facilitar el acceso de todos a niveles superiores de instrucción, para el respeto al ritmo de la naturaleza, pero sobre todo para garantizar el pleno ejercicio de la libertad y la participación de todos a todos los niveles y no sólo de una élite.

8. LA ENCICLICA Y LA TEOLOGIA DE LA LIBERACION

En este documento pueden observarse algunos rasgos que acercan la reflexión del Magisterio a la Teología de la Liberación, aunque ambas reflexiones sobre la fe observen géneros literarios propios:

— En primer lugar, se observa un acercamiento de tipo metodológico, dado que la estructura del documento sigue en forma aproximativa la metodología del ver, juzgar y actuar. El Papa describe la actual situación del proceso

de desarrollo en sus contradicciones y problemas, efectúa un juicio a la luz de principios éticos y del horizonte de la fe cristiana, y se dirige nuevamente a la práctica, invitando a compromisos de solidaridad en torno a la opción preferencial por los pobres, a la liberación de todo tipo de opresiones y a la búsqueda de estructuras sociales que realicen el destino universal de los bienes.

— En segundo lugar, el hecho de realizar una reflexión de fe sobre una realidad económico-social, partiendo de un conjunto de mediaciones socio-analíticas que provienen de las ciencias sociales; es el caso de conceptos como “desarrollo-subdesarrollo, superdesarrollo”, “deuda externa”, “capitalismo liberal”, y “colectivismo marxista”, “soberanía”, “bloques”, etc. Este procedimiento es considerado no sólo como necesario, sino como legítimo para la Iglesia, pues su misión apostólica implica desentrañar las dimensiones éticas contenidas en la realidad social. Se aproxima a la reflexión teológica de la liberación que percibe que las exigencias de una auténtica evangelización van más allá de los recintos sagrados y se extienden a la configuración de estructuras sociales justas y fraternas.

— En tercer lugar, su finalidad es eminentemente práctica. La Encíclica no pretende ser meramente una reflexión teórica

sobre la riqueza del discurso cristiano. Se propone orientar la práctica de los hombres, los de buena voluntad y aquellos que se confiesan abiertamente cristianos, con el fin de encontrar soluciones reales al abismo entre el superdesarrollo y la miseria. Por ello insiste en la reforma del actual sistema de comercio internacional, en la defensa de los derechos humanos, en la creación de programas de desarrollo con participación de las comunidades afectadas, en el fomento de las más diversas formas de solidaridad, en el estímulo a las nobles y justas luchas de los pobres, y a la construcción de estructuras que respeten la dignidad integral del hombre.

Es importante notar que también se perciben diferencias. Algunas se originan fundamentalmente en la diversidad de contextos y destinatarios. Mientras la Teología de la Liberación se origina al interior de las prácticas de liberación que muchos cristianos viven dentro de las crudas y violentas situaciones de injusticia en América Latina, la reflexión pontificia se origina a partir de una pro-mática universal sobre el desarrollo, y en ella se quiere estimular a los más diversos sectores —cristianos y no cristianos— de todo el mundo, alertando sus conciencias sobre el fra-

caso del modelo de desarrollo impuesto. Ambas pretenden enriquecer y beneficiar la totalidad de la Iglesia. Otras diferencias provienen de la naturaleza y exigencias propias de cada discurso. Mientras la Teología de la Liberación se expresa como discurso rigurosamente regido por normas propias de la sistemática teológica, la Encíclica se expresa en un lenguaje de carácter exhortativo.

Por primera vez, en una enseñanza social destinada a toda la Iglesia, el Magisterio Pontificio reconoce la validez e importancia de la Teología de la liberación (n. 46). Antes se había manifestado en este sentido la Congregación de la Doctrina de la fe, señalando sus aciertos y posibles desviaciones¹ y el mismo Juan Pablo II, en carta al Episcopado Brasileño, la había considerado "no sólo urgente sino necesaria"².

9. LA ENCICLICA Y LA ACCION PASTORAL EN MEDIOS POPULARES

Después de hacer un recorrido por los diversos planteamientos de la Encíclica se percibe que contribuye en su conjunto a impulsar la acción pastoral de numerosos cristianos en medios populares:

— *La Encíclica profundiza la opción preferencial por los pobres al vincularla a la defensa y promo-*

1. Cfr., Sagrada Congregación para la doctrina de la fe, "Instrucción sobre algunos aspectos de la 'Teología de la Liberación'", Ciudad del Vaticano 1984, e "Instrucción sobre Libertad cristiana y liberación", Ciudad del Vaticano 1986.

2. Cfr., J.P. II "Carta al Episcopado Brasileño" del 9.04.86, n. 5.

ción de los derechos humanos, al valorizar y estimular la solidaridad entre los pobres, al reconocer como válida y justa su aspiración a la liberación, al insistir en la urgencia de satisfacer las necesidades primarias del hombre, y cuando reafirma la primacía del ser sobre el tener.

- *Es un apoyo y una legitimación, del trabajo pastoral en los sectores populares exhortándolos a buscar una liberación integral.* En este sentido el Papa reafirma las dimensiones sociales y comunitarias de la fe por encima de las expresiones individuales e intimistas. Es notorio en la visión del Papa el cuestionamiento implícito hecho a grupos o vivencias cristianas que se agotan en la subjetividad de los individuos o que a nombre de motivaciones cristianas se proyectan a lo social defendiendo privilegios o impidiendo las reformas.
- El documento expresa que la Iglesia mira con beneplácito los esfuerzos de los pobres por hacer crecer la solidaridad entre sí a través de diversas organizaciones de barrio, sindicales, comunitarias, etc. (n. 39).
- Manifiesta la importancia y la urgencia de la presencia de la Iglesia en medio de los sectores populares para compartir y discernir con ellos sus justas luchas y reivindicaciones (n. 39).

10. CONCLUSION: ¿PARA QUE SIRVE UNA ENCICLICA?

La realidad no se transforma con documentos. Podemos percibir la existencia de innumerables y excelentes documentos que diagnostican los problemas que afectan la humanidad. La Iglesia posee varios de ellos lanzando su mirada pastoral sobre la problemática del mundo. Evidentemente la realidad se transforma con prácticas. Sin embargo, ¿cuál es el valor y el aporte de los documentos y, en este caso, de la Encíclica?

En primer lugar, la Encíclica se constituye en un estímulo a las conciencias; es un llamado a la sensibilidad humana, denunciando las prácticas que destruyen la vida humana y señalando las prácticas que contribuyen a defenderla; su función es de iluminación, de esclarecimiento sobre el conjunto de prácticas que sí transforman la realidad de pecado y su conjunto de estructuras que lo consolidan. La Encíclica es un llamado a la conciencia cristiana, mostrando los caminos de la conversión. La Encíclica no es la conversión... Es apenas un indicador de cómo es posible lograrla.

En segundo lugar, la Encíclica "Solicitud por lo social" señala el "mínimo" del quehacer y qué pensar cristiano en torno a la problemática social de miseria e injusticia. Muestra el mínimo del mínimo. Es decir, todos los cristianos deben vivir el desafío allí lanzado. No es posible conten-

tarse con menos. La Encíclica no impide que pueda lograrse y caminarse mucho más; no cierra caminos para adelante, para un mayor compromiso; sí señala lo que podría ser insuficiente como práctica cristiana.

En tercer lugar, la Encíclica se sitúa entre la realidad y la utopía. Propone un tipo de prácticas, que permiten a la vivencia cristiana injertarse eficazmente en la praxis histórica, no sólo para darle sentido, sino para transformarla.